



JAMES M. REDFIELD, *La tragedia de Héctor. Naturaleza y cultura en la Iliada*, traducción Antonio J. Desmonts, Ediciones Destino, Madrid, 1992, 482 pp. ISBN: 84-233-2224-6.

Del mismo modo que necesitamos conocer la lengua para traducir el texto, necesitamos conocer la cultura para interpretarlo. Este es el primer paso para enfrentarse a las grandes obras de la literatura universal sin caer en el error de creerlas desentrañadas por el mero hecho de ser “universales”. Hay personajes, ceremonias, actitudes, sentimientos, que no tienen cabida en la cultura de recepción, que nos resultan ininteligibles y que son la clave para entender qué dice el texto. Desde el inicio, este libro pretende ser un “rescate” de la figura de Héctor como héroe principal (después de Aquiles), pero termina siendo una explicación detallada de la cultura homérica sin abandonar el propio texto, con la mera observación filológica, una reflexión sobre el poeta y su arte, pero, sobre todo, una delimitación de la naturaleza y la cultura.

Los héroes, en tiempos de paz, son la clase alta de la sociedad, a razón de que en tiempos de guerra son los que salen al límite de la cultura para enfrentarse con otras comunidades. Este es el caso de Héctor, el héroe que está al servicio de su pueblo y de su gente durante toda la *Iliada*, siendo el héroe más pasivo. Aquiles en cambio, es el más activo (en cuanto a las decisiones que toma), pues él mismo decide salir de la cultura y se mete de lleno en la naturaleza cuando intenta matar a Agamenón a raíz de su disputa. Dicha disputa dilucida dos hechos: en primer lugar, que tanto Aquiles como Agamenón son personajes que no encajan del todo en el papel que les ha tocado actuar; y en segundo lugar, que hay una disfunción en la cultura, que el sistema de virtudes y pecados hace aguas por un punto concreto: Agamenón, en calidad de rey, necesita tener más que nadie su botín de guerra para mantener su estatus, mientras que su pueblo, que es el que le da el poder, le aconseja que no tome el botín. Él decide tomarlo, a Briseida, hija de un sacerdote de Apolo (que es una figura compleja, de bajo estatus social, pero con una relación directa con los dioses). Este es el error de Agamenón, no porque sea un hombre malo, sino que es el error que un hombre bueno puede cometer en una situación crítica. Dicho error conlleva la cólera de Aquiles, que consiste en decidir abandonar la comunidad y no participar en la guerra.

Con ello llega la profecía entregada a Aquiles tantas veces: si se queda en el campamento y no lucha, volverá y tendrá una vida larga y sin

gloria, pues su estatus de noble se sostiene únicamente por su actividad en tiempos de guerra. Pero si por algún casual decide participar en la guerra, se convertirá en un guerrero glorioso, pero morirá ante los troyanos. La petición de Tetis a Zeus se hace realidad en las manos de Héctor, el agente real de los deseos de Aquiles, y es el propio Héctor el que lleva a Aquiles al campo para vengar a Patroclo, pues es su verdugo. Con esta amarga ironía, vemos la tragedia de Héctor, el héroe que cumplió todas sus obligaciones y protegió Troya como ninguno, pero que fue matado por el destino de otro hombre: Aquiles, el menos activo, pero el mejor de los griegos.

Ante todo, hay que tener en cuenta que la narración tiene rasgos especiales que debemos observar, como que no hay estrictamente un villano, estamos en el límite de la cultura y esos juicios de valor no son nada válidos. Aquí Homero (sea quien sea) intenta contarnos algo más allá del propio hecho: que la cultura, que es la purificación de la naturaleza, es una fuente de error, y que ese error se solventa con el arte, que es lo que él pretende en cierto sentido. ¿Es Helena la causa de la guerra de Troya, o lo son otros intereses? ¿Por qué no nos cuenta la muerte de Aquiles, si se profetiza? Sin embargo, Héctor muere, y al final hay una tregua: las comunidades necesitan honrar a sus muertos y purificarse ellas mismas de la pérdida de un miembro. Dice Redfield: “Tal vez el origen de la *Iliada* fuera su final y la pregunta: ¿por qué debía sufrir tanto Príamo, qué significa este sufrimiento?”. Su paseo por la llanura de la guerra junto a Hermes es una bajada al infierno, donde Aquiles lo espera fuera de la cultura, en una cabaña con una atmosfera ceremonial y poética, donde ambos dejan de ser rey y héroe para ser ambos hombres que han perdido a su amado amigo y a su hijo. De alguna forma esto es el problema que vemos en la República platónica, donde el descenso al Pireo de Sócrates y Glaucón conlleva un diálogo sobre la justicia, que en el fondo es como el descenso metafórico de Príamo junto a Hermes para encontrar una cierta justicia, que solo pueden encontrar en el plano poético, que es el mismo que debería envolver la fundación de una nueva ciudad. El sufrimiento de Príamo es lo que nos hace entender el conflicto entre naturaleza y cultura.

Dicho conflicto se hace evidente en la guerra, pues todos los hombres, por iguales que sean, habrán de matar a otros olvidando su igualdad natural para situarse en una desigualdad cultural, que además conserva la violencia de la naturaleza. Pero al leer una narración somos conscientes de que está en un plano imaginario, por muy reales que puedan ser los hechos que cuente, y que la trama seguirá un motor propio: lo probable y necesario. El poeta no es nuestro maestro, como decían los sofistas, sino un estudioso de la cultura, un imitador de los detalles para traer de vuelta lo universal a partir de lo particular, pero la épica queda entre la historia y la ficción cuando no puede tener una fundamentación únicamente particular ni universal, sino ambas.

Todo esto tiene como fin la ética, pero no desde sí misma, sino en camino contrario. En la ética, el carácter se define por las acciones, mientras que en la narrativa las justifica. El carácter de Aquiles no está definido por sus acciones, sino que nos lo presentan primero y luego vemos que sus acciones corroboran lo dicho. Esto es importante, pues en la realidad vemos que tenemos tal carácter partiendo de las acciones cometidas. El hecho de que partamos del carácter implica que las acciones que cometan los personajes se pueden prever, y es más evidente que todo seguirá los cauces de la probabilidad y la necesidad de encajar en el carácter. Al redactar, el poeta se pone con sensatez junto a la cultura e intenta, tras crear un reflejo de ésta, responder como ella misma lo haría, hacerlo verosímil con la ayuda del sufrimiento trágico. Con ello consigue ponerla a prueba, descubrir sus disfuncionalidades (*μικρὸν*) asociadas al enfrentamiento ya mencionado entre naturaleza y cultura, que vemos en cierta medida personificado en la lucha entre Aquiles y Héctor. Esto desata sentimientos contradictorios, pues la piedad troyana sale perdiendo ante la naturaleza en todos los contextos. La guerra hace muertos: un ciudadano puede sentir piedad por ellos, pero debe estar dentro de la cultura, mientras que también puede sentir temor por la muerte, y esto pertenece al ámbito natural. Todo está lleno de contrarios enfrentados con una mención a alguno de los dos elementos del subtítulo. El *νοῦς* (planificación), asociado más a la cultura, contra el *θυμὸς* (espíritu).

En definitiva: el poeta imita una ficción con la intención de demostrar que la cultura es una fuente de error, lo que provoca la tragedia y el sufrimiento sobre los héroes y demás personajes. El error, es lo que pone en manifiesto la suciedad, y esto es lo que pretende limpiar el poeta desde la esfera del arte (que, recordemos, es la purificación de la cultura, que a su vez es la purificación de la naturaleza), para tratar de resolver si la naturaleza nos llama o nos amenaza.

*Adriá Fernández*